CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

61

EL LAZO DE LA INVASION

24-31 de diciembre, 1895

(Estudio histórico-militar)

Por

RENE E. REYNA COSSIO

De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

MUNICIPIO DE LA HABANA

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

1956

PUBLICACIONES
DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.

t. I, 1550-1565, con un prefacio y un estudio preliminar por *Emilio Roig de Leuchsenring*, 2 vols.

——, t. II, 1566-1574.

——, t. III, 1575-1578.

Historia de La Habana,

por *Emilio Roig de Leuchsenring*, t. I, Desde sus primeros días hasta 1565.

La Habana. Apuntes Históricos,

por *Emilio Roig de Leuchsenring.*

El Escudo Oficial del Municipio de La Habana.

Colección Histórica Cubana y Americana,

1: Curso de Introducción a la Historia de Cuba.
2: Hostos y Cuba.
3: José María Heredia: Poesías Completas (2 vols.).
4: Vida y Pensamiento de Martí (2 vols.)
5: Vida y Pensamiento de Varela.
6: La Vida Heroica de Antonio Maceo.
7: Banderas Oficiales y Revolucionarias de Cuba, por *Emilio Roig de Leuchsenring.*
8: La lucha cubana por la República, contra la anexión y la Enmienda Platt. 1899-1902, por *Emilio Roig de Leuchsenring.*
9: La Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años. 1868-1898. Razón de su victoria, por *Emilio Roig de Leuchsenring.*
10: La Habana en 1841, por *Francisco González del Valle.*
11: Homenaje a Víctor Hugo en el sesquicentenario de su nacimiento.
12: Félix Varela y Morales. Ideario Cubano.
13: Facetas de la vida de Cuba Republicana. 1902-1952.
14: La Guerra Hispano-cubanoamericana fué ganada por el Lugarteniente General del Ejército Libertador Calixto García Iñiguez.

Cuadernos de Historia Habanera:

1. Homenaje al ilustre habanero Pbro. José Agustín Caballero y Rodríguez en el centenario de su muerte. 1835-1935.
2. La Habana antigua: La Plaza de Armas, por *Emilio Roig de Leuchsenring.*
3. Claudio José Domingo Brindis de Salas (El Rey de las Octavas). Apuntes biográficos, por *Nicolás Guillén.*
4. Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, por *Adrián del Valle.* Prólogo de *Fernando Ortiz.*
5. Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares.
6. Ideario Cubano: I.-José Martí. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsenring*).
7. Ideario Cubano: II.-Máximo Gómez. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsenring*).
8. Autobiografía, cartas y versos de *Juan Francisco Manzano.* (Con un estudio preliminar por *José L. Franco*).
9. Conferencias de Historia Habanera.-1ª serie: Habaneros Ilustres.
10. Curso de Introducción a la Historia de Cuba.-I.
11. Conferencias de Historia Habanera.-1ª serie: Habaneros Ilustres.
12. Curso de Introducción a la Historia de Cuba. II.
13. Conferencias de Historia Habanera.-1ª serie: Habaneros Ilustres.
14. Curso de Introducción a la Historia de Cuba.-III.
15. Conferencias de Historia Habanera.-1ª serie: Habaneros Ilustres.
16. Heredia en La Habana, por *Francisco González del Valle.*

EL LAZO DE LA INVASION

NOTA PRELIMINAR

En el Cuaderno de Historia Habanera *número 59 publicamos tres notabilísimos estudios histórico-militares sobre la Guerra de Independencia cubana:* La Invasión, Dos conclusiones de la campaña del general Máximo Gómez en la provincia de La Habana *y* San Pedro, *en los que su autor — René Reyna Cossío, miembro titular de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, y el máximo historiógrafo en la materia, porque ha sabido aunar a sus vastos conocimientos históricos sobre la lucha cubana por la independencia y la libertad, su indiscutible capacidad como técnico militar, en su condición de tenente graduado en nuestra Academia Militar — presenta una de las más famosas hazañas guerreras de esos dos genios militares que fueron el General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez, y el Lugarteniente General, Antonio Maceo, obra de los cuales fué esa marcha triunfal de oriente a occidente de la Isla, que alzó en armas a los patriotas revolucionarios de las seis provincias, y aseguró la derrota del poderío militar y económico de los españoles y la victoria definitiva de los cubanos.*

En el presente Cuaderno *completa Reyna Cossío ese estudio sobre La Invasión, al analizar y exaltar lo que ha sido llamado* El Lazo de La Invasión, *o sea, como él la califica "la famosa contramarcha estratégica, realizada por el general Gómez, del 24 al 31 de diciembre de aquel año de 1895, que, burló por completo al alto mando militar español, y permitió al general Maceo llegar felizmente al pueblo de Mantua, en la extremidad oriental de Cuba.*

Estas verdades históricas constituyen magníficas enseñanzas patrióticas que deben ser conocidas de todos los cubanos, y también de los españoles residentes en nuestra patria, como demostración ejemplar de la capacidad, el heroísmo y el martirio con que nuestros libertadores conquistaron la patria libre, por el propio esfuerzo y sin ayuda extraña, combatiendo contra un ejército regular de más de 250,000 hombres, muy superior al que se enfrentaron, en sus contiendas independentis-

tas, todos los pueblos hispanoamericanos más las trece colonias inglesas del norte de América, conjuntamente.

Y ese conocimiento debe llevar a los cubanos, ciudadanos de la República ganada por los libertadores, a la firmísima y efectiva resolución de consolidarla y engrandecerla, y a los españoles que en ella moran a respetarla, y respetar los principios e ideales de nuestra gloriosa Revolución Libertadora.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING
Historiador de la Ciudad de La Habana.

Casi al filo de los 28 años de la fecha — ¡inolvidable fecha para mi! — en la cual tuve el privilegio de haber sido designado por el Gral. Pedro Betancourt, Presidente a la sazón del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia de Cuba, para honrar — honrándome — a la mambisería invasora que, en los inicios del año 1896 plantó nuestra bandera en el extremo occidental del territorio cubano, regreso ahora a la tierra de mi nacimiento con el empeño, acaso superior a mis facultades, de oficiar nuevamente en la ritualidad patriótica, siquiera sea por una vez más solamente, antes de retornar al país extranjero donde vivo y al que me llevaron hechos trágicos ya lejanos, cuando entre nosotros — ¿por qué silenciarlo? — no se respetaba la dignidad humana.

Bien recuerdo que en aquella disertación pública — 7 de enero de 1928 — me impuse la enorme tarea de referir ante una carta militar de Cuba y a grandes rasgos, la marcha nunca superada en los fastos de la historia guerrera del mundo; y no he olvidado, además, que por carencia de tiempo en tal ocasión, me vi precisado a desechar la idea de hacer, o al menos intentar, un estudio circunstanciado de la famosa contramarcha estratégica que, desde entonces, es conocida por mis compatriotas estudiosos con el nombre de *El Lazo de La Invasión.*

Dije en 1928, y repito ahora, que tanto por aparentar esa contramarcha estrátegica la forma de un lazo en su trazado sobre el mapa, como asimismo porque este vocablo significa, en su sentido figurado, ardid o artificio engañoso, no podría hallarse, a mi juicio, una denominación más adecuada para fijar su alcance, máxime cuando es lo cierto que, como se ha de probar más adelante en este trabajo, la jefatura de operaciones del Ejército español en Cuba *cayó en el lazo* tendido por la sagacidad del Mando cubano, el cual estaba personificado por aquel gran conductor de hombres y peleador incansable a quien vió como "un machete en movimiento" la imaginativa de Gerardo Castellanos, y de quien Martí nos expresara, en frase de bella subjetividad, que llevaba un par de espuelas clavadas en el alma.

Al llegar a este punto no sería ocioso aclarar ciertas acepciones del léxico castrense, para podernos entender mejor en el curso de mis explicaciones. Así, por ejemplo, al emplear simplemente la palabra

contramarcha, la referencia es a un movimiento en el cual las tropas en marcha toman una dirección opuesta a la que llevaban; bien entendido, desde luego, que no se debe confundir la contramarcha con la retirada, porque la primera es voluntaria y la segunda es impuesta por las circunstancias. Pero cuando se habla de una contramarcha estratégica, como en el caso que nos ocupa, ya el sentido cambia, se amplía, porque ella envuelve, como apunta Almirante, un retroceso temporal y estratagémico, un ardid frecuente para desorientar al enemigo y obligarle a cambiar sus disposiciones, desguarneciendo así el punto llave o decisivo. En otras palabras: ese movimiento de retroceso transitorio primero y de nuevo avance después en una contramarcha estratégica, para llegar por último al objetivo que se busca, constituye sencillamente una estratagema; esto es, un engaño, una ocultación de lo cierto para que se crea lo falso, por lo verosímil que éste parece.

Se me ha de consentir que aclare, tal como acabo de hacer, algunos términos de dudosa interpretación en mi especialidad; no para aparecer como un sujeto que se complace en vanos alardes de erudición, sino para propiciar una obra de divulgación histórica seria, metódica, limpia. Está muy lejos de mi ánimo la pedantería tiesa del escolasticismo. Mi labor responde a un mandato urgente de la conciencia, no al interés subalterno de la egolatría.

Tiene su explicación ese estado de lejanía borrosa en que permaneció por muchos años, aunque sin mala intención, la estratagema primacial que es motivo de este trabajo; porque lo que sucede es que en una guerra la imaginación popular no se emociona, no se encadena, por lo común, con las operaciones militares que, muchas veces, conducen a un resultado triunfante sin llevar consigo el estrago o matanza de gente que divulga el noticiar ruidoso de la letra de molde u otro medio de publicación. El observante, el comentarista, el curioso, y todos los que, atados al papel impreso o al verbalismo oficial u oficioso, miran y no ven por causas diversas, son los que quieren, piden, exigen, usualmente, el hecho armado sangriento, destructivo, demoledor, pese a que éste sea un detalle combativo que no habrá de modificar en lo esencial la obra de conjunto. De ahí que la táctica opaque algunas veces la elevada función de la estrategia. Así, pongo por caso, la fiera arremetida de la caballería cubana en Mal Tiempo ha tenido en nuestra historia, por obvias y múltiples razones — una de ellas la resonancia pública —, el privilegio de un épico

deslumbramiento; mientras la grandiosa contramarcha estratégica — *El Lazo de La Invasión* —, que resultó ser el factor determinante de la presencia de la cubanía libertadora en las tierras occidentales de nuestra Isla, aparece con frecuencia sin su legítimo prestigio hazañoso.

He de tocar otro punto que estimo desfocado y retorcido por la narrativa sin contenido real, la que prevalece por culpa de la historicidad medianeja de la grafomanía seudo-castrense. Esa historicidad tiene el hábito vicioso de achacar a un motivo milagrero, todo cuanto tenga perfiles de heroicidad o sabiduría, porque de esta manera queda satisfecho un prurito sectario muy dañino; y es triste, muy triste, que en las entendederas de muchos de mis semejantes quepa tan fácilmente cualquier superchería, y que sea tan difícil, en cambio fijar con lucidez la imagen de la verdad desnuda. ¿Cómo remediar tan nociva influencia? Pues alejando de nosotros el craso error de creer que en los problemas de la guerra, desde el ardid (artificio engañoso) hasta la batalla campal, las decisiones surgen sin esfuerzo mental alguno, a manera de efluvio providencial o rayo divino. Muy por el contrario, si escudriñamos en el origen y desenvolvimiento de un hecho específico cualquiera, nos salta a la vista de inmediato, como se puede ejemplificar con *El Lazo de La Invasión*, que en una estratagema, sin ir más lejos, entra el cálculo de lo que hará el enemigo como contestación a nuestro movimiento, y lo que haremos después para aprovechar el error contrario, si éste se produce, o combinar las alteraciones que aconsejan las circunstancias; y, en definitiva, se ha de intentar siempre la imposición de nuestra *voluntad* al contendiente, ya que esto es, y ha sido en todo tiempo, desde los imperios asiáticos a los días que corren, la expresión más aguzada, si se logra, del entendimiento humano en los menesteres de la milicia, tal como lo entendía y practicaba Máximo Gómez.

Ahora es conveniente una mirada retrospectiva que abarque el conjunto de ambos contendientes — cubanos y españoles — en el mes de diciembre de 1895, cuando el pujar lidiante del mambí valeroso forjaba, a golpes de audacia y a costa de la vida, esa edad heroica de nuestra lucha independentista en su trienio final.

De la parte española diremos que en un libro reciente y muy bien documentado — *La Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años, 1868-1898, Razón de su Victoria*, por Emilio Roig de Leuchsenring, el autor que sabe lo que dice y dice lo que sabe — hay datos tan valiosos como éstos: el historiador español Antonio María Fabié, en

su biografía de Cánovas, afirma que en diciembre de 1895 el Ejército español en Cuba era de 113,000 hombres; y Juan Ortega Rubio, catedrático de la Universidad Central de Madrid, en su obra *Historia de la Regencia de María Cristina,* casi coincide con Fabié al consignar que, en el propio mes y año, los efectivos metropolitanos sumaban 112,000, sin contar los 50,000 voluntarios, de los cuales había unos 6,000 movilizados. Si aceptamos estas cifras y calculamos, con datos de historiadores y veteranos, un total de 15,000 combatientes en el Ejército Libertador de esa época, muéstrase de inmediato una desproporción excesiva en perjuicio de los cubanos.

Por otro lado, no es cosa nueva que las fuerzas españolas de operaciones en Cuba, poseían las tres armas que existían entonces: infantería, caballería y artillería con sus servicios auxiliares. El Ejército Libertador era una fuerza de caballería en elevada proporción, con poca infantería que montaba cuando era necesario, y sin artillería hasta 1896.

No creo equivocarme mucho si a los 113,000 combatientes que señala Fabié les asigno cerca de 100,000 infantes, con un aproximado de 5,000 jinetes y 3,000 plazas para cada uno de los restantes cuerpos: artillería, ingenieros e infantería de Marina.

La organización militar española era deficiente porque obedecía a una reglamentación europea inadecuada para Cuba; pero a los belicólogos de la península ibérica se les antojaba que era magnífica e inalterable, aunque los hechos repetidos proclamaran lo contrario. Bastaba para ellos que el Reglamento de Campaña fuese español, como razón única para considerarlo intangible. Así, por ejemplo, y para no citar más que dos casos, las marchas nocturnas eran inaceptables y el tanto por ciento de caballería en la composición de una fuerza combativa no podía ser modificado. En ambos pormenores prevalecía el rutinarismo monarquista frente al amplio sentido revolucionario.

En cambio el Ejército Libertador se organizó en unidades céleres, para contrarrestar así, con la rapidez de los movimientos en estrategia y de las maniobras en táctica, la superioridad del enemigo en hombres, armas y servicios.

En cuanto a la columna cubana que, al mando del General en Jefe y su Lugarteniente, avanzaba con el propósito de invadir las provincias occidentales, es particular muy conocido que sumaba alrededor de 4,000 hombres; pero con tan frecuente oscilación en sus efectivos, que no se podrían fijar éstos de un día para otro: algunas

veces aumentaban con la incorporación de 200, 300 y hasta 500 individuos; otras veces disminuían con la partida de un contingente en misión especial.

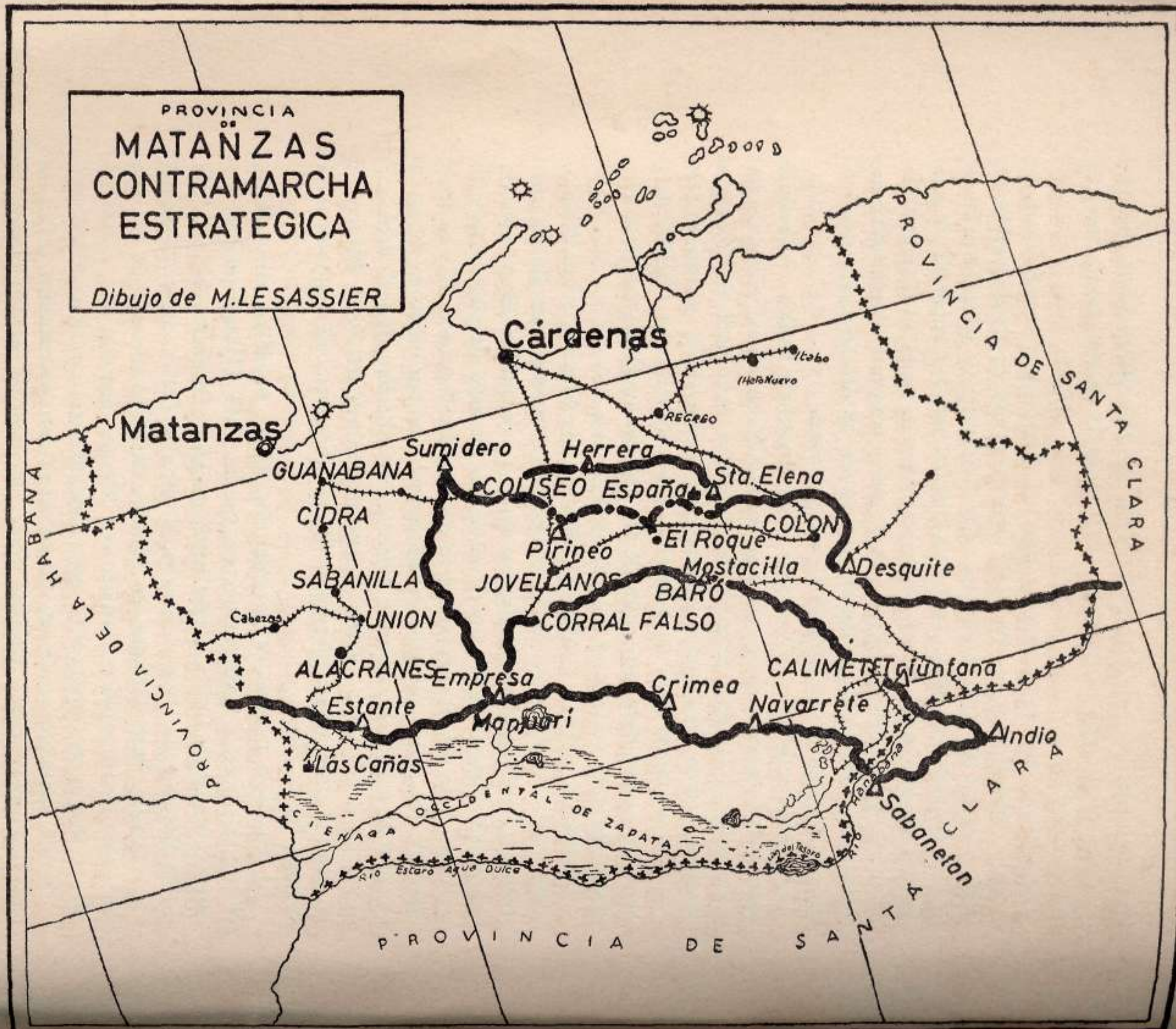
El Gral. Martínez Campos estaba en Cienfuegos cuando se produjo la carga fulminante de Mal Tiempo, el día 15 de diciembre de 1895, y como las vías de comunicación ferroviaria y telegráfica de la ciudad mencionada habían sido paralizadas por los cubanos, el jefe español decidió salir de su aislamiento por la ruta marítima hasta Batabanó, y una vez que llegó a este puerto continuó precipitadamente en tren hacia Colón, adonde llegó el día 18 de diciembre para establecer aquí su Cuartel General de operaciones.

El avance cubano no se detuvo ni de día ni de noche: el río Hanábana fué cruzado el 20 para penetrar de este modo en territorio matancero; el 21 fué rebasada la línea del ferrocarril de Colón a Macagua, cerca de Agüica, después del asedio de la guarnición de Antilla que atrajo para su salvación a la columna del Gral. García Navarro, quizás la menos lenta de las grandes unidades peninsulares, destacadas para cortarle el paso a los invasores.

Después de pasar a 2 km. de Colón en una especie de semicírculo, como puede distinguirse en el croquis de Lesassier que ilustra este trabajo, el cuerpo expedicionario mambí, ya de noche, llegó cerca de Retamal e hizo un alto para destacar una patrulla de reconocimiento al frente; y luego, al reanudarse la marcha, las fuerzas quedaron divididas en dos partes, no por decisión formal sino por un hecho fortuito, sin que la moral de conjunto sufriese perturbación alguna, debido a la presencia del Gral. Gómez en una fracción y del Gral. Maceo en la otra. El primero acampó en el Central España y el segundo en el ingenio Santa Elena.

El día 22 la marcha del General en Jefe se inició en curva hacia el S. y la de su Lugarteniente con rumbo N.O. Gómez cruzó el camino ferrovial de Colón a Jovellanos, ocupó el desguarnecido poblado de El Roque para dejar 3 heridos al cuidado del Alcalde, y durante ese recorrido, hasta acampar en Pirineo, describió un arco en su ruta de tanteo para establecer contacto con Maceo, mientras éste, con igual fin, se movía en dirección O. para descansar esa noche en Herrera.

Al día siguiente — 23 de diciembre — los dos caudillos cubanos, casi al mismo tiempo, dejaban atrás las paralelas del ferrocarril de Cárdenas a Jovellanos, por lugares diferentes pero no lejos de Cimarrones (Carlos Rojas). Cuando el General en Jefe supo, por la in-



Croquis de la Ruta seguida por el Ejército Libertador de Cuba durante el Lazo de La Invasión (Sumidero-Indio-Estante), del 24 al 31 de diciembre de 1895.

formación de un guajiro de Cimarrones, que una columna española iba sobre el rastro de una fuerza cubana, pensó que ésta era la de Maceo, tal como se confirmó más tarde, y sin demora alguna ordenó una marcha forzada de velocidad que culminó en la unión de ambos adalides en las cercanías de Madan. De todos modos la presencia de la cubanía en armas no era un secreto para los habitantes de las llanuras de Colón, porque los numerosos cañaverales de esa zona agrícola ardían a todas horas y las nubes de humo denso cubrían grandes distancias, como testimonio de una finalidad clara: quebrantar la economía enemiga.

Alrededor de las 2 de la tarde del mismo día — 23 de diciembre — los mambises hicieron un alto en el demolido ingenio Audaz, a la vista del pueblo de Coliseo, al objeto de comer algo — se comía poco entonces — y disfrutar de un descanso. Una hora después, más o menos, Martínez Campos con una columna de 2,500 a 3,000 soldados (infantería, artillería, caballería y su Estado Mayor) apareció por el N.E. en dirección a Coliseo; dejó a un lado el lugar ocupado por su adversario, la vanguardia desplegó abriendo fuego que contestó la infantería cubana a las órdenes de los hermanos Ducassi parapetada en los muros del antiguo ingenio Audaz, y a los 15 minutos aproximadamente cesó el fragor de la fusilería. La caballería criolla se corrió por su izquierda en una franca amenaza de carga, pero ésta se malogró porque la unidad de infantería española optó por el repliegue inmediato hacia Coliseo. Esta maniobra indica que Martínez Campos puso una cortina de fuego entre Audaz y Coliseo, como medida de protección para que el grueso pudiera dirigirse al recinto fortificado y tomar posiciones, sin ser hostilizado de flanco.

Coliseo tuvo, sin duda alguna, mucha importancia moral y política en aquellos momentos, pero cuando se analiza la parte militar, resulta que casi tiene la categoría de escaramuza.

Ahora viene una pregunta pertinente y muy razonable. ¿Qué resolvió entonces Martínez Campos? Pues bien, la contestación es ésta: Martínez Campos metió sus tropas en un tren y con ellas se trasladó a Guanábana. Por lo tanto, después de Coliseo el cuadro era el siguiente: los españoles no habían sufrido una derrota y los cubanos tampoco. Tácitamente el jefe supremo español había rehuído el combate formal sin apariencias justificativas y con prontitud sospechosa. A la fina perspicacia de Gómez, a su tino tan peculiar para descubrir rápidamente los propósitos del adversario, no podía escapar inadver-

tido que algo se tramaba tras aquella retirada súbita, y así lo habrá de comprender más adelante el buen entendedor.

Por su parte los cubanos continuaron la dirección general de marcha, y sin detenerse en Coliseo, ya sin guarnición, acamparon en Sumidero muy entrada la noche, con exploraciones cuidadosas y múltiples a vanguardia y flancos.

Hemos llegado ahora al sitio donde se tomó la *decisión* de realizar una *contramarcha estratégica*, y donde ésta tuvo su punto de partida. Pero no se adopta una decisión de esta naturaleza sin una información suficiente. Es máxima de la guerra que a la decisión ha de preceder la información. Y para adquirir la información hay que *reconocer* al enemigo. Y para reconocerlo hay que poseer un medio capaz de fijar su distribución, su cuantía, su posición, su poder y, si es posible, sus intenciones.

¿Supo Máximo Gómez estos particulares? Y si los supo, ¿por qué conducto llegaron a su conocimiento? ¿Por las patrullas o parejas exploradoras? ¿Acaso por algún servicio confidencial de agentes del Cuerpo Civil o miembros de *clubs* revolucionarios? ¿Por actitud espontánea del campesino o por simpatía de personas radicadas en centros urbanos?

No es aventurado afirmar que con todo eso — patrullas, confidencias verbales y escritas de orígenes diversos — contó siempre el Ejército Libertador. Y en el caso particular de la *decisión* que determinó la *contramarcha estratégica* durante la campaña de *La Invasión* (1), los informes más valiosos provenían, de conformidad con mis averiguaciones, del grupo de sentimientos separatistas que trabajaba en los trenes de carga y pasajeros entre La Habana, Matanzas, Cárdenas, Jovellanos y Colón, y también, por supuesto, de los reconocimientos de las patrullas de caballería ligera; cuyo conjunto informativo pasaba, por último, al través del fino tamiz de la valoración precisa que la sagacidad extraordinaria de Máximo Gómez sabía desmenuzar.

Un veterano muy conocido, el Com. Miguel Varona Guerrero, en su libro *La Guerra de Independencia de Cuba,* pondera el hecho de "la previa información confidencial" que los mambises obtenían "de los movimentos de las tropas españolas", por la vía fácil del cooperante voluntario y del auxiliar en servicio, así como también hace resaltar la eficiencia de las patrullas de exploración por sus conocimientos del terreno que pisaban y otros factores innumerables del escenario de la guerra cubano-hispana.

De trascendencia capital es una carta de Máximo Gómez a Estrada Palma, en la que se consignan afirmaciones tan singulares como éstas:

> Yo sé donde el jején pone el huevo en Cuba. Sé donde está el novillo gordo y la mejor aguada. Sé la hora en que el español se encandila y a la hora que es más pesado su sueño. Adivino sus instantes de miedo, para entonces ser yo un guapo atrevido, y pronto reconozco su osadía para, prudente, dejarla pasar y que la gaste en el vacío.

Después de estas palabras sencillas y, sin embargo, de un contenido profundísimo, escritas por quien fué maestro de generales, y, por serlo, llegó a la jefatura suprema del Ejército Libertador, ¿quién es el historiador con ánimo bastante para seguir en la búsqueda de los datos que justifiquen *la decisión* de comenzar una contramarcha estratégica en Sumidero, si el guerrero genial que la ordenó y ejecutó sabía *donde el jején pone el huevo*?

Pero de todos modos vamos a escarbar un poco en este episodio para satisfacer la curiosidad pública. Aquí se me antoja que viene como anillo al dedo la pregunta inmortal que Verdy du Vernois se hizo y se contestó a sí mismo, para hallar la cabal decisión que buscaba al ojear el campo de batalla de Nachod: ¿"De qué se trata"? Esta es la interrogación que nos deberíamos hacer y contestar ante un problema cualquiera de la vida humana, como previa actitud al paso resolutivo. ¿De qué se trata?, es la pregunta que Gómez se hizo y pudo contestarse seguramente en Sumidero. ¿De qué se trata?, nos preguntamos nosotros en este momento, para podernos explicar *la decisión* del Mando cubano en Sumidero. Y como en el caso de Verdy du Vernois, cuando esta pregunta logra obtener respuesta cumplida es fácil ver claro y comprender el por qué de una *decisión* militar de cara al enemigo, al enemigo que nos acecha obstinadamente para no perder la oportunidad de aniquilarnos.

Se trataba, aquella noche del 23 al 24 de diciembre de 1895 en Sumidero, de evitar el fracaso del avance mambí hacia el extremo occidental de Cuba. Se trataba aquella noche de esquivar una línea defensiva de tropas españolas en posición de espera estratégica, desde Guanábana hasta Unión de Reyes y Alfonso XII (Alacranes), a lo largo de la vía férrea que enlaza estos lugares; y desde Alacranes hasta cerca del borde septentrional de la Ciénaga de Zapata, con aprove-

chamiento de la vía estrecha al ingenio Poey o Las Cañas, sin dificultades logísticas sobresalientes.

Esa situación defensiva supone siempre, desde luego, una acción ofensiva al producirse específicas proyecciones previstas por el Mando al desarrollarse el aspecto táctico, es decir, el choque.

Es admisible pensar que el Estado Mayor español, por orden del Capitán General y, a la vez, Jefe de Operaciones, acumuló en ese frente todos sus efectivos militares disponibles, quizás 25,000 soldados, tal vez más, porque era en la provincia de Matanzas donde Martínez Campos proyectaba romper el equilibrio de los cubanos invasores, a juzgar por sus manifestaciones públicas en la prensa españolizante de La Habana.

Forzar la línea Martínez Campos, para llamarla de algún modo, era una operación cargada de peligros múltiples; porque en el supuesto de ser rebasado aquel sector guarnecido por unidades que destacaban a su frente fracciones de enganche elástico para atraer y batir a la Columna Invasora, se corría el riesgo de hacer el cruce a un precio muy alto en bajas difíciles de reponer, y con ello era probable la pérdida del ritmo impetuoso de la marcha; y si, por el contrario, fracasaba el intento de invasión del Oeste vendría la repercusión inevitable en la moral del combatiente, hasta en la política exterior del Gobierno de la República en Armas, puesto que lo mismo en las derrotas que en las victorias, hay magnitudes que escapan a la previsión más aguda.

De ahí, pues, la sabia *decisión* de la contramarcha estratégica concebida por el General en Jefe.

Pero una decisión cualquiera en la guerra lleva implícita e inmediatamente, para ser útil, órdenes precisas para su ejecución rápida y sin vacilaciones. Por eso es deducible que al reunirse Gómez y Maceo esa noche — noche pasada en claro y con un mapa a la vista — en una larga conversación que nadie pudo escuchar, se tratara, a mi entender, de fijar las disposiciones ejecutivas del plan.

¿Cuáles eran y qué buscaban las órdenes del Mando cubano? Las consignas eran claras: marcha acelerada, evitar la destrucción de líneas ferroviarias hasta nueva orden, persistir en el incendio de cañaverales al paso de la columna; y así, con estas tres simples e ingeniosas directivas, se buscaba: 1) rehuir el contacto enemigo con el mantenimiento de una velocidad máxima; 2) provocar la persecución del adversario dejándole intactas las vías de comunicación y conseguir de

tal manera la eliminación, o al menos el debilitamiento de la concentración de tropas a lo largo del valladar establecido de norte a sur en la provincia matancera; y 3) dejar bien determinado el rumbo de la aparente retirada cubana que el humo de la caña quemada indicaba.

Se divulgaron, además, noticias falsas tanto verbales como escritas, y aunque no poseo un documento comprobador deseo hacer constar que en mi visita a Coliseo en 1927, un sexagenario comerciante me afirmó que en la Nochebuena de 1895 circuló por esos alrededores una hoja impresa firmada por Gómez y Maceo, en la que se anunciaba la retirada de las fuerzas invasoras hacia Oriente porque las dificultades existentes para el avance eran muchas.

De hecho así parecía, porque al amanecer del 24 de diciembre los libertadores comenzaron un retroceso hacia el S., a un aire de marcha muy vivo hasta tocar la laguna de La Ceiba, no lejos de la Ciénaga de Zapata; y en este punto torcieron al E. para acampar en Crimea, ya de noche. ¡Larga y penosa jornada! El 25 la ruta continuó en dirección E. para acampar en Navarrete. El 26 el rumbo fué casi el mismo con alguna inclinación al S. en parte, y nuevamente al E. con el fin de vivaquear en Sabanetón, lugar enclavado muy cerca del límite entre las provincias de Matanzas y Las Villas. Los heridos y enfermos se enviaron desde aquí al Blanquizal, a cargo del doctor Alfonso; y la organización de un grupo de dinamiteros quedó alerta y con material para fines ulteriores.

El día 27, ya en territorio villareño, los cubanos acamparon en Indio, al N.E. de Sabanetón; y en este punto terminó la primera fase de la contramarcha estratégica, por la simple razón de que el Mando estimó que aquí era pertinente tornar al avance, una vez apreciada la situación. Y volvieron los caudillos a estar a solas, casi sin dormir, en la valoración acuciosa de los informes de las patrullas, de los comunicantes esparcidos por los bohíos, de los prefectos astutos, de las mujeres en rebeldía y, en fin, del cubanismo en función guerrera.

La alta dirección del Ejército español, mientras tanto, creyó en la retirada presurosa de los "grupitos facciosos", como era la denominación despectiva al uso en los fantásticos partes oficiales de la Capitanía General.

Martínez Campos había esperado el choque entre sus legiones y los cubanos desde el día 23, después de Coliseo, y durante el 24 y el 25. En la noche del 25 parece que perdió la paciencia, porque salió hacia La Habana sin tener noticias del estado de las operaciones por él di-

rigidas, en tanto que los regimientos criollos ya habían acampado en Navarrete, y, desorientado, cablegrafió al Ministro de la Guerra: "Considerándolo conveniente para dirigir operaciones acabo llegar Habana".

El día 26, exactamente cuando Gómez y Maceo llegaban a Sabanetón, Martínez Campos recibía los primeros informes de sus subalternos en relación con la retirada (?) de las llamadas "partidas grandes", denominadas ahora así y no "grupitos" porque al elevar la categoría del enemigo era fácil alcanzar la glorificación heroica que se vislumbraba.

El día 27 empezaron a moverse las unidades peninsulares concentradas en la línea estratégica de Guanábana a la Ciénaga, al objeto de perseguir a "los insurrectos" en retirada galopante, según el espejismo hispano. Precisamente al revés de la realidad, porque eso era lo que Gómez necesitaba: una persecución tenaz que desalojara de contrincantes el terreno peligroso. Y este mismo día el euforismo del Capitán General se reflejaba en este cable:

> Ministro Guerra, Madrid. Se acentúa retirada partidas grandes parece dirígense Cienfuegos proximidad Ciénaga. Columnas Valdés y Navarro persiguen partidas en retirada y Coronel Molina pasa hoy Amarillas tratando batirles antes salida provincia.

Aquí se observa que la estratagema del Mando cubano había pasado ya por las tragaderas de D. Arsenio.

El día 28 el desgobierno monárquico ratificó su confianza a Martínez Campos y éste envió un mensaje a España en el que afirmaba "Gómez y Maceo pasaron jurisdicción Cienfuegos".

El 29 de diciembre, cuando la Columna Invasora combatía en los alrededores de Calimete en una nueva y rápida ofensiva, el extravío informativo español era completo porque comunicaba al desgobierno de la Corona tambaleante esta noticia:

"Las partidas en retirada van muy fatigadas".

El día 30 de diciembre, cuando el Ejército Libertador llegó a La Empresa, fué cuando el Alto Mando español vino a tener conocimiento del nuevo avance mambí que partió del Indio. ¡Cuán destestable por su deficiencia era el servicio de información hispano!

Volvamos al Indio para describir ahora las actividades de los cubanos. La segunda fase de *El Lazo de La Invasión* tuvo como primera jornada el movimiento del Indio al demolido ingenio Triunfana, lugar éste situado a 2 km. al E. de Calimete, y donde acamparon Gómez y Ma-

ceo con unos 4,000 hombres, armados en su tercera parte, a las 10 de la noche del 28 de diciembre de 1895. El frío era intenso, lo cual motivó el uso de fogatas en el vivac, con resplandores que podían ver los vecinos de Calimete.

De 4 y media a 5 de la madrugada del 29 llegó a Calimete un tren que conducía unidades militares españolas de los batallones de Navarra y María Cristina, un pelotón de infantería de marina y una sección de caballería formada por 19 individuos del Regimiento Santiago y 13 guerrilleros de la Macagua. Total aproximado: 850 plazas.

Este conjunto venía de Real Campiña para abandonar el tren en Calimete, como así lo hizo, y emprender marcha hacia Sabana Vieja; marcha ésta que no se realizó porque fué interrumpida por el desarrollo de un combate de poco más de una hora de duración y el cual resultó un descalabro a medias, no una derrota, para los españoles por haber sufrido 97 bajas — 22 muertos y 75 heridos — y haber tenido que maniobrar con prontitud en un repliegue ordenado hacia Calimete al amparo del fuego de la reserva (2).

Por cierto que la entrada en acción de esta reserva hizo suponer a muchos veteranos que se trataba de otra columna española, y de ahí el dudoso "se dice" consignado por Boza en su diario de campaña, referente a la aparición de la brigada García Navarro al terminar el combate de Triunfana. Al notar la duda de Boza investigué el caso. El primero en negarlo fué Venancio Berguizas, corneta de órdenes de García Navarro, y en el mismo sentido opinaron algunos antiguos vecinos de Calimete. García Navarro estaba ese día acampado en el Central María y, además, mientras operó en Cuba tuvo asignada a su columna una batería de artillería y en Calimete no sonó el cañón, pese a representar éste el único recurso utilizable en el momento a que alude el vago "se dice" de Boza.

En cuanto a las bajas cubanas en Triunfana o Calimete fueron 16 muertos y 70 heridos.

Ya dije hace muchos años en mi estudio militar-histórico acerca de *La Invasión,* cuando expliqué el resultado de la investigación que mi viejo y cultísimo camarada Manuel León Calás compartió conmigo, que las puertas cerradas para los invasores del Occidente de Cuba apenas si quedaron entreabiertas en Mal Tiempo, dicho sea en contra de una opinión muy generalizada, y que se abrieron de par en par finalmente tras la acción de Calimete o Triunfana; porque no de otro modo se puede concebir la necesidad de ejecutar la contramarcha estratégica

(*El Lazo*), después de las acciones de Mal Tiempo y Coliseo, y, sin embargo, no hubo tal necesidad después del rudo batallar en el escenario calimetense.

Ratifico hoy, sin titubeo alguno, esa mi primaria aseveración nacida en 1927 tras el análisis sobre el propio terreno de las funciones marciales y los movimientos y peripecias de la inmortal campaña que llevó la "guerra justa" hasta Mantua. Porque si se admite – y yo lo admito – que el historiador Benigno Souza está en lo cierto al afirmar a 4 lustros de mi trabajo *La Invasión*, que "la contramarcha ordenada por Gómez después de Coliseo aseguró, sin duda alguna, el éxito feliz de La Invasión", entonces tenemos que aceptar el combate de Triunfana o Calimete como el nudo gordiano que tuvo que ser cortado para alcanzar el triunfo del famoso *Lazo* y, como resultado de ello, "el éxito feliz" a que alude Souza, el cual no es otra cosa que el logro del objetivo estratégico principal de la marcha invasora a Occidente, o más claro, el arribo de Maceo a Mantua y su ocupación armada con el propósito de producir y mantener el estado de guerra de un extremo a otro de Cuba.

Entendámonos. Gómez dispuso en Triunfana la continuación inmediata y acelerada del avance de E. a O., sin concederle importancia a las descargas fusileras de la reserva española, porque la idea fundamental que impulsaba la marcha era la de mantenerse a la ofensiva estratégica y a la defensiva táctica; es decir que Gómez no perdía de vista la obligación del movimiento tenaz y continuado para alcanzar la meta del plan de campaña en el menor tiempo posible, y para conseguirlo desechaba hábilmente el choque dilatorio. En la urgencia de seguir adelante no importaba "flanco sucio", según la peculiar y significativa expresión gomecista.

Las extraordinarias facultades guerreras del Gran Viejo mambí midieron certera y exactamente la situación dificilísima de Triunfana, y sin empeñarse en infligir una derrota pírrica al enemigo en repliegue se concretó en principio a contenerlo con un "aletazo" – valga el símil –, burlándose del enjambre de columnas españolas en su persecución al dejarlas desorientadas a retaguardia; en tanto que el pelotón de dinamiteros ya mencionado destruía puentes, raíles y alcantarillas, en cumplimiento de órdenes a ese fin.

Acaso nuestro General en Jefe leyó a Gneisenau, pero si no lo leyó es lo mismo, porque lo evidente es que practicaba el pensamiento de éste, puesto que

> La estrategia — preceptuaba Gneisenau — es el arte de utilizar el tiempo y el espacio. Soy más avaro del uno que del otro. El espacio puede volverlo a ganar: el tiempo perdido, nunca.

El movimiento invasor continuó su marcha impetuosa, y al pasar por las cercanías del Central María, donde estaba estacionado el Gral. García Navarro, un fuego nutrido de cañón y fusilería produjo 5 heridos en las filas insurrectas. A ésta siguieron dos escaramuzas más: una en Manguito y otra en Baró con incruentos resultados. Ya entrada la noche, y con Colón a la espalda, vino el vivaqueo en Mostacilla, no muy lejos de Reglita.

La jornada de este día — 29 de diciembre — fué cruda, de una crudeza agotadora. Miró afirma en sus *Crónicas* que "el cuadro era desgarrador". Ciertamente que una marcha forzada de 15 horas, después de un combate harto violento y con 75 heridos transportados en hamacas; sin alimentos suficientes ni descanso reparador para la tropa, y con el hosco semblante de la muerte en cada encrucijada, en cada silbido del proyectil amenazante, tal parece algo que está más allá de la resistencia normal concedida al ser humano.

De Mostacilla a La Empresa prosiguió el avance del día 30, sin enemigo que agrediera. Y al llegar a las proximidades de este sitio — La Empresa — se puede ver en el croquis dibujado por Lesassier la referencia gráfica de dos líneas que se cruzan, lo cual podría llevar al lector la creencia, a simple vista, de la terminación de *El Lazo de La Invasión* en este punto. Pero no es así, porque como una contramarcha estratégica, según se hizo constar al principio de este estudio, implica dos movimientos: uno de retroceso sujeto en su duración a específicas circunstancias, y otro de nuevo avance hasta conquistar el objetivo que se busca, no es correcto fijar su terminación en el límite topográfico de su inicio, sino en un paraje o zona donde esté asegurado el triunfo de la estratagema. Por eso *El Lazo de La Invasión* tuvo su verdadera terminación al llegar las fuerzas cubanas a la línea defensiva organizada por Martínez Campos, y desorganizada después por él mismo, cuando cayó en el lazo tendido por el gran estratego antillano. Por lo tanto, el himno de la victoria se ha de entonar en El Estante, el día 31 de diciembre de 1895. Es prueba de ello el hecho de que el General en Jefe dictó órdenes en El Estante con un nuevo enfoque de la realidad circunstante, puesto que los generales Serafín Sánchez y Luis de Feria contramarcharon con sus escoltas y

algunos escuadrones hacia el E. en misión doble de limpiar la retaguardia de opositores e imprimir actividad a las operaciones en la región villareña para sujetar allí la mayor cantidad de fuerzas contrarias en misión operativa; mientras los coroneles Bermúdez y Alvarez fueron designados al mismo tiempo para despejar el frente y los flancos del derrotero de la marcha hacia Occidente, con individuos bien fogueados para actuar como caballería independiente.

Se ha dicho, por decir algo, que la contramarcha estratégica ya explicada en forma somera desde un punto de vista militar e histórico, tuvo la finalidad primordial — ¡nada menos que primordial! — de dejar heridos y enfermos en algún lugar de su ruta, en cuya afirmación entreveo no poca ignorancia en la materia. No me inclino a sospechar que ese dicho venga de cierto sector que labora constantemente por restarle prestigio a la magna gesta de nuestra postura rebelde contra el despotismo de la monarquía católica española. Y aunque sé que los peores enemigos de Cuba están en Cuba y no fuera de Cuba, quiero suponer que, en este caso, tan infortunada apreciación ha surgido del parroquialismo diminutivo que se caracteriza por la ausencia de toda reflexión; y, por consiguiente, me creo en el deber de confutar el aserto que la grafomanía destemplada del *dilettante* ha lanzado a la publicidad con desgaire de gladiador.

Las contramarchas, sin ser necesario clasificarlas, no se hacen para buscar refugios donde alojar a enfermos y heridos, porque a ese fin hay destacamentos encargados de realizar tal encomienda; y si alguna vez se practicara sistemáticamente esa anomalía, las luchas armadas se convertirían en un servicio de asistencia médica con más enfermeros que soldados. Si la marcha de La Invasión hubiera tenido que contramarchar cuando había heridos o enfermos entre sus componentes, es seguro que los mambises no habrían podido llegar a Mantua, llanamente porque el avance habría sido como aquel tan pintoresco de los sabinos contra los romanos: un paso adelante y dos atrás. Es lógico pensar que los heridos — de los enfermos no conozco estadística alguna — que llevaban los cubanos al acampar en Sumidero eran los habidos en Mal Tiempo, ya que hasta ese momento no se libró otra acción importante; y entonces tenemos 42 de ellos — cifra máxima dada por Boza y confirmada por Sánchez Agramonte —, menos 3 que Gómez dejó en El Roque: 39 en total. Pero esta suma debió haber sido menor, porque en los 8 días transcurridos del 15 al 23 de diciembre, tenían que haber sanado los heridos leves. Y ahora nos encon-

tramos con que después de Calimete eran 75 los heridos que iban en la impedimenta; y, sin embargo, con casi el doble de bajas que las tenidas en Mal Tiempo, aquellos hombres con las carnes rotas y varias fracturas graves, se vieron compelidos a rendir una marcha forzada en hamacas porque así lo dispuso el Mando, sin que se pensara en contramarcha alguna para la búsqueda de un asilo donde dejar a esos individuos ansiosos de reposo y auxilio, hasta que al paso por las cercanías de Manjuarí fueron entregados – menos algunos que murieron – a un prefecto diligente en el último día del año 95, a 48 horas de la recia función calimetense. Y esta marcha del día 31, por añadidura, no se inclinó hacia los bordes de la Ciénaga de Zapata con la idea principal del hallazgo de un amparo para los heridos, sino que se hizo así porque era menos difícil avanzar con la izquierda protegida en aquel terreno hostil a las irrupciones enemigas, que intentar, como se había hecho una semana antes, la entrada al territorio habanero por el Norte cargado de peligrosidad inquietante.

Con razón ha escrito el Mariscal Foch en uno de sus libros que

> En la guerra todo se encadena, se relaciona, se penetra, y no se hace en ella lo que se quiere sino lo que se puede. Cada operación tiene una *razón de ser*, es decir, un *objeto;* y este objeto, una vez determinado, fija la naturaleza y el valor de los medios que hay que emplear.

Yo debo decir que en los 30 años que he consagrado amorosamente – sin amor no hay fruto bien sazonado – al estudio de la vigorosa personalidad del Generalísimo, siempre lo he observado haciendo en la guerra lo que puede y no lo que quiere. Ello no obsta para que muchas veces nuestro héroe impusiera su avasalladora voluntad al contrincante, y en tales ocasiones, por supuesto, pudo hacer lo que quiso.

Pero lo más trascendental para mí, aquello que la crítica sin resentimiento alabará siempre, es la comprobación de que Máximo Gómez nunca hizo lo que su enemigo quería, sino aquello que era provechoso para conquistar ventajas en el lidiar planteado a sangre y fuego; y que por eso opuso inteligentemente a la técnica rígida – rigidez de manecilla de reloj – de la dirección militar española en Cuba, las inventivas prácticas – practicidad flexible – de su enorme experiencia y maravilloso talento en el arte más dramático que los hijos de mujer han conocido.

CONCLUSIONES Y EXALTACION DE MAXIMO GOMEZ

Es incuestionable para mí que el triunfo de la contramarcha estratégica, ya analizada en sus principales aspectos militares, determinó la penetración del mambisismo invasor en las dos provincias occidentales de Cuba: Habana y Pinar del Río.

¿Por qué? Pues esencialmente porque ese *Lazo,* prueba concluyente de capacidad para la guerra, anuló el plan enemigo de concentración y espera, y lo indujo al movimiento de persecución que, como resultado, abrió la brecha ansiada hacia el O.; y por agregación, tal como esperaba Gómez, las columnas españolas, lentas en su andar, quedaron rezagadas después de moverse en seguimiento de los cubanos, y los jefes que las mandaban parecían desconcertados, como puede demostrarse con la ausencia de hostilidades desde Mostacilla hasta El Estante. Esto obliga a suponer que durante esos días, y debido a la precisa ejecución de la estratagema genial, el acosamiento hispano a la Columna Invasora perdió su articulación y entonces las huestes criollas marcharon con menos fatiga. Por otra parte, nuestro General en Jefe consiguió ver realizado su pensamiento de no combatir contra tropas muy numerosas antes de su entrada en el territorio habanero.

El investigador comprensivo que se proponga aquilatar con detenimiento todas las peripecias del estratégico *Lazo de La Invasión* (Sumidero-Indio-Estante), realizado por el Ejército Libertador del 24 al 31 de diciembre de 1895, podrá observar en Gómez al caudillo que, con plétora de acciones ejemplares y pocas palabras, se entrega a la ardua tarea de enseñar a sus subalternos, los mambises, las peculiares modalidades a ejercitar contra las fuerzas combatientes de España en Cuba.

Al empleo oportuno de la movilidad y la sorpresa debieron los cubanos sus victorias, tanto en *El Lazo* como en todas las fases de La Invasión y en las operaciones anteriores y posteriores a esta campaña; sin que sea dable olvidar, desde luego, el factor moral, tan

importante o más que las armas, puesto que, después de todo, en la guerra se ventila "un drama terrible y apasionado". Y en el drama terrible del criollo en rebeldía contra la esclavitud de que era víctima en su propio suelo, era substancial la defensa de una causa nacional legítima que apasionaba ardientemente los ánimos.

La España militar de 1895 debió haber aprendido la lección histórica de su Guerra de Independencia — pese al criterio de Estévanez negándole aptitud para ello —, y tener por sabido que las "partidas francas en guerra viva" — definición española de la acción guerrillera — constituyen una *sui géneris* dispersión permanente de suma destreza para su enlace y convergencia en lugar y momento dados, con iniciativas individuales imprevistas que van demasiado lejos para lograr frenarlas con regulaciones doctrinales. Generalmente el guerrillero es un producto de la mística revolucionaria, mientras el soldado es hechura de la instrucción cuartelera. La soltura del uno es amarre en el otro. En el peleador estimulado por un ideal de libertad priva el entusiasmo, y en el combatiente por mandato de la ley resalta la disciplina. Siempre ha sido preferible el entusiasmo sin disciplina que ésta sin aquél, por cuanto el uno se puede disciplinar fácilmente, en tanto que la otra requiere una faena moral muy complicada para lograr su concomitancia con el primero. Bien lo sabía Gómez al hacer en Cuba lo mismo que Napoleón en Francia: movilizar la emoción, disciplinar el entusiasmo y utilizar en la guerra la impetuosidad del torrente revolucionario.

Ese guerrillerismo practicado por Gómez cuando le convenía era el orden disperso, hoy aceptado, y no el desorden combativo de las hordas primitivas; y si alguna vez la península ibérica tuvo legítimos generales, ellos fueron justamente sus notables guerrilleros, de Viriato a Zumalacárregui, y no los titulados Príncipes de la Milicia que vinieron a Cuba cargados de condecoraciones inútiles e hicieron el ridículo sahumados de incienso y bajo palio, con la bendición apostólica como epílogo del infantilismo eclesiástico.

Maestro de todos los guerreros mambises en esa puja gigantesca del patriota en la *manigua,* Máximo Gómez mantuvo en estrategia y aplicó en táctica, constante y sistemáticamente, los principios de *libertad de acción, seguridad, sorpresa y economía de fuerzas,* como la resultancia derivada de sus extraordinarias y naturales facultades para el torneo guerrero con plena adaptación al medio. Porque importa saber que para Dragomirow

> Los principios del arte de la guerra están al alcance de la más vulgar inteligencia, lo que no supone que ésta sea capaz de aplicarlos.

El sentido que reglaba las decisiones gomecistas podría denominarse en el lenguaje criollo la *contracandela,* vocablo éste que tiene, en su sentido figurado, muy amplia significación folklórica.

Para Méndez Capote "nuestra guerra era Gómez" y para Freyre de Andrade su arte era "la inspiración del genio". Para mí la guerra en Cuba se hizo hombre y ese hombre era Máximo Gómez. Porque hay que estar informado de esta verdad: "El genio es un don de la naturaleza: inventa por sí mismo, él es el arte" (Foch). Y genio era nuestro Gómez, porque adivinaba la buena doctrina, descubría la práctica sabia e inventaba las modalidades ventajosas para la pugna marcial entre cubanos y españoles. Es él mismo quien nos habla del genio militar en su admirable *Diario de Campaña* (p. 478), para darnos su enfoque autorizado.

> En todas las profesiones — nos dice —, el genio es siempre la inteligencia superior, pero este solo *don* no basta para ser un gran general, y no vale gran cosa en la guerra, si no va acompañado de un buen sentido, de exquisito tacto, de carácter enérgico y de una perfecta salud; podría decirse que el genio militar es la más rara combinación de cualidades diversas y casi contradictorias que se pueden encontrar en un hombre.

Pero todavía hay algo más en ese excelente *Diario* (p. 396), algo que es como un impacto definidor de una época, ya que Gómez expresa que los Generales españoles "son ineptos y mal inspirados en el genio de la guerra", porque ésta "necesita mucha cabeza y gran corazón", agregando que los "generales no se pueden fabricar" como cree España: ellos "nacen".

Ignoro si entre los valiosísimos documentos inéditos — inéditos por culpa de la estulticia reinante — del archivo del Jefe supremo del Ejército Libertador que sus hijos han sabido conservar con devoción respetuosa, existe alguna reseña de la contramarcha que enaltece y consagra la estrategia de su autor.

Lo único que puedo asegurar al respecto es que en las anotaciones escritas a paso de carga por nuestro ilustre paladín en su *Diario* impreso (p. 350), él nos advierte lo que sigue:

El movimiento rápido que teníamos que hacer para ocupar pronto territorios, y el cúmulo de atenciones que, según debe suponerse, nos asediaban, no me dejaban tiempo reposado para ir anotando con todos sus detalles las peripecias de la campaña de Invasión.
Muchas veces, de noche, me propuse escribir, pero lo confieso, tenía que desistir pues me sentía rendido.

Al aludir a los combates – Calimete entre ellos –, el gran maniobrero mambí apunta que dejó maltrecho al enemigo e incapacitado para la persecución, y que "de todo eso se pueden llenar muchas páginas de un libro, si hubiese quien se propusiera escribirlo" (p. 351).
En el titulado *Extracto de mi Diario* (p. 439) Gómez menciona su instructiva para la marcha invasora en estos términos:

> Al enemigo que nos salga por los flancos, procurar rebasarlo y dejarlo a retaguardia entretenido con guerrillas y emboscadas.

Efectivamente en la acción de Calimete o Triunfana se aplicó esta fórmula acertada, porque es cosa bien sabida que cuantas órdenes dimanaban de nuestro General en Jefe se acataban y cumplían con firme confianza en sus buenos resultados; con la confianza que era hija de la impresionante e inquebrantable fe que trasmitía a sus subalternos aquel caballero del ideal, a quien era aplicable, emulando al mito cervantino, la locución de fama imperecedera: "mis arreos son las armas y mi descanso el pelear". No me falta respaldo documental para el sustentamiento de mis conceptos, porque puedo apoyarme en el juicio sereno y calificado del coronel Cosme de la Torriente, quien testifica en su libro *Cuarenta Años de mi Vida* (p. 419), que el mambí "tuvo siempre fe inmensa, devoción profunda y ciega obediencia por su Generalísimo". Y añade estas palabras importantísimas: "Cuando operábamos a sus órdenes, todos nos creíamos invencibles; y el más flojo de nosotros se sentía entonces un valiente".

De mis andanzas inquiridoras con los coetáneos acompañantes del caudillo superlativo – Torriente, Varona Guerrero y Tavel Marcano, entre los que viven –, he llegado a este convencimiento: nadie como él supo interpretar mejor el precepto de que "si el castigo debe seguir a la falta, así también la recompensa debe seguir al hecho meritorio, porque en ambos casos la disciplina se beneficia".

Por esa cabal interpretación de la disciplina militar en el Ejército Libertador con Gómez como cabeza visible, se evitaron males muy

hondos. Y por esa disciplina pudo él crear aquella caballería mambisa de celeridad asombrosa en las marchas diurnas y nocturnas, en las cargas sorpresivas y las dispersiones inusitadas, que arruinaba cálculos matemáticos, destruía reglas fijas y aniquilaba planes meditados del adversario; sin perder jamás la iniciativa que, como asegura Von der Goltz, "es la manifestación de una voluntad personal secundada por el criterio y obrando en el sentido de los designios del Mando".

Desde Gómez — final del siglo retropróximo — hasta nuestros días, las armas, y con ellas las modalidades, han cambiado notablemente, pero los principios de la guerra son los mismos porque se ha de "sembrar el terror por medio de la destrucción; y terror y destrucción tuvieron y tienen al hombre por sujeto, al hombre por objeto". Antaño y ogaño "el factor hombre domina en la guerra cien codos por encima de todo lo demás". Y estas verdades las sabía el Generalísimo, porque se reflejan en varias de sus circulares y órdenes de campaña, especialmente durante La Invasión. Siempre hay en él una tendencia a imponer la disciplina con firmeza, para prevenir el riesgo de los encuadramientos convertidos en mezcla confusa de hombres.

En oposición al derrotismo de la mambifobia emboscada, yo podría afirmar que la *política de la guerra* de la República de Cuba en Armas (1895-98), así como los *planes de campaña* y *operaciones*, con sus obligadas *combinaciones* y *decisiones* sobre el escenario bélico, todo lo cual forma el cuadro orgánico de un ejército, eran particulares que estaban bien definidos y mejor ejecutados por la cubanidad en pie de batalla. Dicho esto así, en términos tan sintéticos, acaso resulte poco expresivo, un tanto casuístico, quizás incompleto o tal vez pobre, para colmar la insaciable y legítima avidez del indagador histórico. Por lo tanto, y como no hay prueba que pueda superar a la ejemplificación del acaecimiento indubitado, veamos a renglón seguido cada caso concreto.

Como la *política de la guerra* no es otra cosa que el establecimiento de la doctrina que ha de regir en el teatro de la pugna marcial, Cuba tuvo esa doctrina en el llamado Manifiesto de Montecristi. Como un *plan de campaña* viene a ser el proyecto que, sin contrariar la política de la guerra, tiene por guía al General en Jefe, a quien compete la fijación del objetivo, Cuba poseyó este plan en la campaña de La Invasión y a un General en Jefe con todos sus atributos en Máximo Gómez. Como un *plan de operaciones* se contrae al conjunto de actividades que han de tener realización para dar cumpli-

miento a las directivas del plan de campaña, aunque sujetas tales operaciones a los cambios que demanden las situaciones que va presentando el enemigo, Cuba tuvo, durante La Invasión, un ejército a la ofensiva estratégica y defensiva táctica, en coordinado ajuste con las circunstancias y con la idea fija de alcanzar el objetivo final. Y en lo que atañe a combinaciones y decisiones, ya en la ofensiva, ya en la defensiva, ora en los movimientos, ora en las maniobras, Cuba puede ofrecer como modelo la contramarcha estratégica que es motivo de este estudio, y acciones tan recias como Mal Tiempo y Calimete, que son claras demostraciones de la soltura y capacidad con que Gómez y Maceo combinaban y decidían de cara a "la prueba terrible" del plomo exterminador.

Gómez era — lo fué desde que sustituyó a Ignacio Agramonte — el símbolo de la guerra revolucionaria. Martí era — lo fué desde el mandato de las emigraciones — el símbolo del apostolado revolucionario.

El machete y la chaveta se aliaron en la obra de redención cubana en la próxima pasada centuria, y cuando se produjo el documento montecristino, Gómez y Martí "pusieron sus ideas y pusieron lo justo", como ha señalado la agudeza inquiridora de mi antiguo compañero de profesión Manuel I. Mesa Rodríguez.

Ya en la paz, tras la guerra victoriosa que no tuvo liquidación desde el punto de vista cubano, nuestro Gómez fué el ciudadano ejemplar nunca envanecido con sus grandes glorias, jamás deslumbrado con los homenajes incesantes de sus miles de admiradores, en momento alguno blando ante la lisonja perturbadora, ni tolerante frente a la odiosa injusticia. Y cuando el rencor mal contenido se manifestó en mezquinas y torpes acusaciones, él se mantuvo firme como una roca, inquebrantable como el acero, y apuró con serenidad comprensiva la cicuta de la ingratitud humana.

Conmemoremos siempre la aparición en la vida de nuestro *Libertador* — El Libertador por excelencia, entre todos los libertadores — y nunca su desaparición; porque recordar los nacimientos de las grandes figuras nacionales es característica de los pueblos fuertes, con la inferencia de que los próceres no deben figurar como muertos sino como vivos — perennemente vivos — en la conciencia ciudadana.

Yo quiero decir ahora que si la generación actual y esa otra que ya asoma para ocupar su puesto en la avanzada del deber tienen el propósito firme de mantener con valor y decoro la República de tenden-

cias democráticas, creada con los enormes sacrificios de nuestros antepasados, se verán precisadas a fijar en sus espíritus la fuerza impulsora que las convierta en destructoras de la patriotería pregonada por los peligrosos conductores de egoísmos, e ir a buscar esa fuerza salvadora en las entretelas de la tradición mambisa, porque en ella está el prodigioso resorte moral con virtualidad para fortalecer las almas; porque en esa historia campea el único poderío viviente del pensamiento nacional; y de ella ha de venir perpetuamente, al conjuro de sus huellas brillantes, la anhelada grandeza de esta tierra hermosa y ardiente, donde las hazañas gigantescas de aquel que fué Máximo de nombre y máximo en el batallar por la redención del cubano opreso, gozan de la empinada y eterna jerarquía que la fuerza de las armas tiene, cuando está al servicio honroso de la justicia social.

NOTAS

(1) Pienso que sería muy acertado dejar el título de LA INVASION — la invasión por antonomasia — para designar en nuestra historia la de Oriente a Occidente — Baraguá-Mantua —, no solamente por su enorme trascendencia político-militar, sino al mismo tiempo porque, en rigor, no hubo otra de perfiles generales tan rematados para tal clasificación, como ya lo comprende la voz de la calle.

Podríamos usar las palabras *irrupción* e *incursión* para señalar otros hechos parciales de llevar la guerra emancipadora en Cuba de una provincia o región a otra vecina, tanto más cuanto que en el léxico castrense ambos vocablos significan lo mismo: "invasión pequeña y rápida". No obstante, irrupción — del latín *irruptio* — tiene cierta característica, pregonada por algunos autores, en el sentido de ser contraria a toda idea anterior o preconcebida de cálculo, mientras incursión lleva en sí la acepción de un plan previo a realizar, pero sin que esta sutileza del lenguaje altere la sinonimia primaria de estas dos palabras.

(2) La descripción, el croquis y la crítica de este combate, aparecen en el número 59 de los Cuadernos de Historia Habanera.

17. Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por *Emilio Roig de Leuchsenring.*
18. Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por *Enrique Piñeyro.* (Con un estudio preliminar por *Enrique Gay-Calbó*).
19. La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico interpretativo por *Emilio Roig de Leuchsenring*).
20. El sesquicentenario del "Papel Periódico en la Havana". 1790-1940.
21. Homenaje al ilustre habanero Nicolás José Gutiérrez en el cincuentenario de su muerte. 1890-1940.
22. Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942.
23. Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 1.
24. Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 2.
25. Vida y Pensamiento de Félix Varela. I.
26. Vida y Pensamiento de Félix Varela. II.
27. Vida y Pensamiento de Félix Varela. III.
28. Vida y Pensamiento de Félix Varela. IV.
29. El cincuentenario del 95. I.
30. El cincuentenario del 95. II.
31. La Habana de Velázquez, por *Jenaro Artiles.*
32. La Colonia hacia la Nación. Tercer Congreso Nacional de Historia.
33. Historia y Americanidad. Cuarto Congreso Nacional de Historia.
34. Ideario Cubano. III. - Antonio Maceo.
35. Un lustro de revaloración histórica. Quinto Congreso Nacional de Historia.
36. Homenaje al ilustre habanero Francisco González del Valle.
37. *Francisco González del Valle,* La Habana en 1841. 1. Fisonomía Urbana.
38. *Francisco González del Valle,* La Habana en 1841. 2. La Vida Oficial. 3. La Vida Económica.
39. Historia y Patria. Sexto Congreso Nacional de Historia. Discursos y Acuerdos.
40. Triunfo del Esfuerzo Cubano por la Independencia.
41. Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España, por *Herminio Portell Vilá.*
42. Reivindicaciones Históricas. Séptimo Congreso Nacional de Historia.
43. Cronología Crítica de la Guerra Hispano-Cubanoamericana, por *Felipe Martínez Arango.*
44. Los Primeros Movimientos Revolucionarios del general Narciso López.
45. Conmemoraciones Históricas. Octavo Congreso Nacional de Historia.
46. La Biblioteca Histórica Cubana y Americana "Francisco González del Valle".
47. La verdad histórica sobre la descendencia de Antonio Maceo, por *José L. Franco.*
48. En el Centenario de la Bandera de Cuba. Noveno Congreso Nacional de Historia.
49. Cosme de la Torriente en la Revolución Libertadora y en la República, por *Manuel I. Mesa Rodríguez* y *Emilio Roig de Leuchsenring.*
50. Nuevas pruebas históricas sobre la descendencia de Antonio Maceo.
51. Homenaje a los Mártires de 1851.
52. Homenaje al ilustre habanero Domingo Figarola-Caneda en el centenario de su nacimiento.
53. Hispanismo y Coloniaje, por *Enrique Gay-Calbó.*
54. El Capitán Chino. Teniente coronel Quirino Zamora, por *Oswaldo Morales Patiño.*
55. En el cincuentenario de la República. Décimo Congreso Nacional de Historia.
56. Acerca de "La Mejorana" y "Dos Ríos", por *M. Isidro Méndez.*
57. Diario de Campaña del comandante Luis Rodolfo Miranda, prólogo y notas por *Manuel I. Mesa Rodríguez.*
58. La Sociedad de Conferencias de La Habana y su época, por *Max Henríquez Ureña.*
59. Estudios histórico-militares sobre la Guerra de Independencia de Cuba, por *René E. Reyna Cossío.*
60. Razón de la sinrazón de unas "Rectificaciones Históricas" del Dr. Manuel Pérez Beato, por *Emilio Roig de Leuchsenring.*
61. El lazo de La Invasión (24-31 de diciembre 1895), por *René E. Reyna Cossío.*

Homenajes a Próceres Cubanos:

Manuel Sanguily, *Defensa de Cuba.*
Diego Vicente Tejera, *Razón de Cuba.*
Enrique José Varona, *Por la Patria, en la Colonia y en la República.*

Homenajes a Próceres Hispanoamericanos:

Federico Henríquez y Carvajal, *Todo por Cuba.*

OFICINA DEL HISTORIADOR

DE LA CIUDAD

SECCIONES

Archivo Histórico Municipal.

Libros de Actas Capitulares desde 1550.

Biblioteca Histórica Cubana y Americana "Francisco González del Valle".

200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; legados, donativos y otras aportaciones.

Museo Municipal de la Ciudad de La Habana.

(ABIERTOS AL PUBLICO DE 8.30 A. M. A 12.30 P. M.)

Publicaciones:

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.
Cuadernos de Historia Habanera.
Colección Histórica Cubana y Americana.
Homenajes a Próceres Cubanos.
Homenajes a Próceres Hispanoamericanos.

PALACIO DE LOMBILLO

PLAZA DE LA CATEDRAL

LA HABANA

IMPRESORA MODELO, S. A.
LLINAS Y P. VARELA
TELF M-7666 - M-3341